

Responso. ("El Día", Madrid, 17 diciembre 1917).

RESPONSO

Acompañamos a la última morada, el seno de la madre tierra todo-paridera, el despojo mortal de don Gumersindo de Azcárate. El que escribió la «Minuta de un testamento», ¿habrá encontrado la respuesta definitiva a la eterna pregunta que es el motivo primero de la Historia?

Porque lo que hizo la estructura toda moral, y con ello la política, claro está, de Azcárate en sus mejores tiempos fué que, libre de la suprema frivolidad, que es la llaga envenenadora de los más de nuestros hombres públicos, se puso alguna vez frente a frente de los eternos problemas, vivió las inquietudes de siempre, miró ojos a ojos a la mirada de la Esfinge. Azcárate fué un hombre profundamente religioso. ¿De qué religión? De la de todos los hombres religiosos, que es acaso en el fondo una misma, de la religión de la pregunta eterna. Que ser religioso es hacérsela, aunque no se halla respuesta; y es ser irreligioso el esquivarla.

Y aquella su religiosidad le venía seguramente del hogar. Su padre, D. Patricio, había traducido, con las demás obras platónicas, el divino «Fedón». Por sus venas corrían gotas de la sangre más genuina y castizamente ibérica, de sangre vasca, levadura de eternas inquietudes, de perpetuas preguntas, sin respuesta posible en este mundo crepuscular.

Le acompañamos a la última morada, donde descansa—¿descansa?—al lado de D. Fernando de Castro, otro hombre de su temple, de aquellos hombres que hicieron una íntima revolución, de que ahora es moda entre no pocos burlarse; de aquellos hombres que se preocuparon del primer principio y del fin último de la Historia y de las cosas todas.

Y por haber sido hombre de ese temple, profundamente religioso, Azcárate llegó a ser el órgano de lo que de conciencia moral le quedaba a nuestro Parlamento. Que no era mucho. Entre esos hombres atentos a lo que llaman llegar, y para ello a derribar a otros, y una vez llegados a no dejarse derribar, pero hombres que no se han preguntado ni de dónde vienen ni adónde van, entre esos hombres de bufete, o de negocios, o de pequeñas vanidades, Azcárate descollaba, más que por su inteligencia, más que por sus conocimientos, más que por su competencia jurídica, por una conciencia moral iluminada por la luz de ese crepúsculo religioso que nunca sabremos si es un orto, o es un ocaso, o es, como en las noches blancas del Artico, un orto que se abraza y une a un ocaso. Porque lo que no se ve es el sol.

Todos los que le conocimos y tratamos, todos los que fuimos sus amigos hemos visto con dolor la desaparición de ese hombre justo; pero a la vez que con dolor, con un casto sentimiento de alivio. Porque el ocaso de la inteligencia y la voluntad de ese hombre se prolongaban; prolongabase la lucha de su robusto organismo con la muerte.

Y en este su ocaso los hombres hábiles empezaban a querer jugar con él. El que no le hubiera llamado para oírle en sus mejores tiempos, cuando su ruda naturaleza leonesa no velaba el espejo de la verdad, le llamó cuando empezaba a ser una ruina, cuando el corazón se le había ablandado. Y le llamó, más que para oírle, para que se supiera que le había llamado. Era hacerle entrar en la comedia. Era querer convertir a una ruina de hombre en una bandera de parlamento, quién sabe si no en un banderín de enganche. Era la aparentialidad, la terrible aparentialidad. Y el buen anciano justo, cuyo corazón fatigado le hacía propenso a las lágrimas, vió acaso las lágrimas que produce una pasajera emoción de teatro, una escena artística. Porque hay don de lágrimas y hay también lágrimas de teatro.

Y ese hombre justo, encorvado ya por el primer golpe de la última guadaña, postrado en el lecho, vió llegar junto a éste a un hombre de teatro—otro—, a uno de los primeros actores, al primer actor acaso—¿y qué actor!—de nuestra tragicomedia política, que iba a pedirle que tomase parte en la pieza como... ¿figurón! Siempre el cuidado de las aparentialidades, que, por solemnes y gravemente litúrgicas que sean, son frivolidad y nada más.

Porque era frivolidad y nada más que frivolidad querer que en un Gobierno nacional apareciese—y no más que aparecer—aquella ruina de lo que fué un hombre justo. No era su justicia; era su nombre lo que se buscaba. ¡Frivolidad, sí! Porque en el fondo tan frívolo es el grave barba como el ligero galán joven. La frivolidad en política consiste en hacer de ésta teatro, sea trágico o sea cómico.

Mientras vivió D. Nicolás Salmerón redujose Azcárate, con la sencilla modestia del hombre justo, a ser un segundo, una especie de vicario, y a la vez un fiel consejero de su amigo, maestro y jefe. Y entonces pudo

ver que ni a él ni a D. Nicolás—a este hombre de temple diamantino y desposado con la verdad—se les requirió para ciertos menesteres. Como no se le requirió a Joaquín Costa, aun que luego de muerto se le rindiesen los honores que en vida habría rechazado el león de Graus.

¡Tristes homenajes los que se le rinden a un hombre cuando ya le ha quedado inerte el corazón! ¡Tristes obsequios, tristes muestras de respeto las que recibe cualquier Sansón luego que una Dalila cualquiera—que puede ser la edad—le ha rapado su cabellera! Entonces van a preguntarle a Sansón cómo se matan las fieras, cuando él ya no puede matarlas.

He aquí por qué los amigos de Azcárate, y a la vez de su justicia, hemos visto con dolor, sí, pero con cierto sentimiento de alivio el fin del ocaso de ese hombre. Que es lo que fué: un hombre; un hombre en su más pleno sentido, un hombre entre comediantes.

Miguel de Unamuno.

